

In memoriam: **Dean Brackley, S.J. (1946-2011)**

El padre Dean Brackley murió el 16 de octubre en Santa Tecla, El Salvador, de un cáncer de páncreas. Vino al país en 1990 para continuar el trabajo de los seis jesuitas que fueron asesinados en la UCA en 1989. Solía decir que para tomar la decisión no hizo ningún discernimiento.

En la UCA fue profesor de teología, sobre todo teología moral y antropología, y le ocupó la dimensión personal y estructural de los problemas. Puede verse en varios artículos en esta revista, sobre justicia, espiritualidad e Iglesia.

Entre sus varios libros, el más conocido es *Espiritualidad para la solidaridad. Nuevas perspectivas ignacianas*. Es obra de madurez, de gran originalidad y creatividad. Historiza la intuición de los ejercicios de san Ignacio desde la realidad actual, manteniendo creativamente la tensión de su propia experiencia en Estados Unidos y en El Salvador. Allá conoció y experimentó *la civilización de la riqueza*, que tanto desenmascaró Ellacuría. Y aquí sufrió sus consecuencias fatídicas. Dean Brackley estaba convencido de la necesidad de *la civilización de la pobreza* para salvar a los pobres y humanizar a todos.

Fue teólogo de envergadura, y también sacerdote entregado al trabajo pastoral. Fue párroco en Jayaque, parroquia rural, en Las Palmas, parroquia suburbana marginada, y en la parroquia "Jesucristo Liberador" de la UCA. Juntó en sí todas esas dimensiones con profundidad. Él mismo fue no solo teólogo, sino "acontecimiento teológico". Eso es lo que especialmente se recuerda en estos días, tras su muerte. Dean Brackley fue hombre de bien, cristiano seguidor de Jesús, comprometido hasta el enamoramiento con los pobres y las víctimas, en el Bronx y en El Salvador. Hasta el final.

Un mes antes de morir, con voz cansada, grabó un testimonio que quiso que fuera leído después de su muerte. Es su testamento.

Testimonio de gratitud del P. Dean Brackley

Quiero tomar esta oportunidad para dar, digamos, un humilde testimonio de gratitud por lo que ha sido mi vida. La gratitud, he aprendido aquí en El Salvador e incluso antes sobre todo entre los pobres, la gratitud es una actitud fundamental y humana. Si no queremos vivir resentidos, tenemos que vivir agradecidos.

Entonces, en primer lugar, quiero darle gracias a Dios por tanta bendición recibida, por mi familia, por la fe transmitida. Y dentro de esta fe, mi entrada a la Compañía de Jesús, que ha sido una enorme gracia dando a uno un sentido de misión en la vida, un propósito no sin luchas y dificultades.

Y dentro de esa llamada, a la Compañía de Jesús y esta misión, quiero agradecerle a Dios este destino que hemos vivido de 21 años en El Salvador, compartiendo con este pueblo martirial y aportando algo al legado de nuestros mártires en la UCA. Poder dar clases en esta universidad, de teología, tantos alumnos, tantos y tantas que están en preparación para el ministerio del Señor.

En este camino, uno tropieza con los pobres y las víctimas. Para mí, ha sido central y clave. Ha sido la clave de comprender muchas cosas, de descifrar muchas mentiras y medias mentiras sobre la Iglesia y la realidad. Ha sido la puerta hacia la luz. Y ese encuentro de situaciones de vida y muerte lo sacuden a uno. Y estoy convencido de que este es el camino futuro para humanizar a todos los otros.

Se puede dar, se puede agradecer muchas otras cosas más. La posibilidad de poder escribir, comunicarse, llegar a audiencias con este mensaje de las buenas noticias para los pobres, que son buenas noticias para todos y todas porque es el futuro de la Iglesia. Y la Iglesia sí necesita convertirse a los pobres, al Reino de Dios, como dijo Ellacuría. Esto lo veo cada vez más claro.

Pues eso es lo principal. Entonces, gracias a Dios por esta vida, esta vocación y este encuentro con los pobres.

Revista Latinoamericana de Teología